

La desnudez y el hambre sus risas extinguieron,  
 La soledad y el frío nublaron su hermosura,  
 Pero las negras horas jamás secan pudieron  
 De aquel amante pecho la maternal dulzura.

Allí hay amor de cielo y arrullos no aprendidos;  
 Por eso hay en sus cantos rumores que embelesan,  
 Cuando los labios santos, de amor estremecidos,  
 Queriendo hablar muy paso, se acercan y se besan.

Y al inclinar sonriente sobre el desnudo brazo  
 La cabecita inquieta del niño a quien adora,  
 Mientras que lo bendice, dormido en el regazo,  
 Otro ángel es la madre que entre las sombras llora.

1917.

LUIS ENRIQUE FÓRERO

---

## EL PRECURSOR

El 13 de diciembre de 1823, a las cinco de la tarde y auxiliado por el Padre Silva, expiró en la villa de Leiva el eximio general don ANTONIO NARIÑO Y ALVAREZ, natural de Santafé de Bogotá e hijo de don Vicente Nariño y doña Catalina Alvarez y Casal.

Fue bautizado en 14 de abril de 1765 por el P. P. M. Fray Ignacio López (1). Se unió en matrimonio a la señora Magdalena Ortega el 27 de marzo de 1785.

Al hablar del ilustre Precursor de la Independencia, bien podemos recordar las palabras del poeta:

De pies para cantarla que es la Patria.

Sin duda, ninguno de los próceres granadinos y aun suramericanos, después de Bolívar, llevó una vida

---

(1) Véase el estudio de don Manuel María Tobar y don A. M. Osorio Umaña, en que consta la verdadera partida de bautismo del General Antonio Nariño. Publicóse en esta misma REVISTA, Tomo III, página 166.

más llena de poesía y más digna de ser cantada que don Antonio Nariño. La nota más culminante en aquella atormentada existencia, que fue un poema heroico-trágico, es el dolor que desde la cuna ungió aquella alma para la lucha y para el martirio.

Otros ejecutarían quizá acciones más brillantes, cosecharían más laureles en los campos de batalla, oírían resonar más ecos de victoria y recibirían más tributos de alabanza de las multitudes agradecidas; pero nadie como él fue el maestro de la libertad, el educador de las gentes, ni cavó más hondo en la conciencia social. El no se vio transfigurado y radiante en el Tabor de la gloria, ni subió al Sinaí encendido a dar desde allí a los pueblos sus leyes; nó, él, en vida no subió sino al Calvario, y la luz que despidió era como la que despide un cofre de azabache, sombría luz de muerte; ante su vista no desfiló sino la sombra macabra de las cárceles, del hambre y de los más crueles desengaños.

Como aquellas aves de tempestad que sólo vuelan cuando los huracanes se desatan como para mostrar la fuerza de sus alas potentes, así Nariño salía a la lucha cuando había que mostrar mayor valor y más denuedo; más real que Edipo, pero tan desventurado como él, y quizá más, pues si tuvo un hijo que le seguía por doquiera, no ha tenido aún un poeta que le inmortalice.

En la paz colonial, retirado en su estancia, tal como le pinta Mancini, le vemos rodeado de libros que había logrado conseguir burlando la vigilancia de los empleados del Virreinato. Allá en ese aposento se reunían los jóvenes más principales a recibir de boca del maestro muchas enseñanzas que nunca pudieran haber conocido en los colegios. Nariño estudiaba medicina, legislación, filosofía; leía a Horacio, a Virgilio, a Homero, a Racines, a Molière y a Voltaire; leía teología como física y estudiaba francés como griego.

Sorprendente es la lista de las obras que figuran en el inventario que se hizo en 1794, por el juicio que se le siguió por la publicación de los *Derechos del hombre*. Ya quisieran muchos sabios de ogaño poseer una biblioteca tan variada y selecta como la del Precursor. No de otra manera se explica la vasta ilustración que poseía tan notable granadino.

De las reuniones que se verificaban en las casas de Nariño y de la distinguida matrona doña Manuela Santamaría de Manrique, salió, como fruto sazonado, el anhelo por la libertad; allí se arrojó la chispa que, vuelta llamarada, había de incendiar el mundo de Colón; bien hacen los gobernantes jayanes en abominar a los hombres de letras; ellos son el volcán que guarda en sus antros la luz del mundo; ellos dicen la verdad y hablan el idioma misterioso del cielo. ¡Sócrates, Chenier, Nariño, yo os saludo!

En el año de 1794 dio prestada a Nariño, Cayetano Ramírez de Arellano, capitán de la guardia del virrey, la *Historia de la Asamblea Constituyente*. De allí tomó aquél los *Derechos del Hombre*, los cuales tradujo e imprimió, ayudado por su impresor don Diego Espinosa. Fueron denunciados por Pedro Rangel. Entonces comienza la vía dolorosa de este hombre extraordinario. A la denuncia siguen el embargo y la confiscación de bienes, la prisión en Santafé y luégo el destierro a las cárceles de España.

Al desembarcar en Cádiz se fuga, va a Madrid, de allí pasa a Francia, después a Londres, donde solicita los favores de Pitt, quien no le atiende; consigue amigos de gran valimiento, les habla de la independencia de América, ruega, pide, llora, tal que parecía algo como un mendigo por esta Patria que tan mal le pagó.

Tras de muchos días de cruel expectativa, pobre y desvalido, piensa en volver a Nueva Granada, y así lo hace venciendo mil inconvenientes. Su odisea es más

digna de ser cantada en la epopeya que narrada en mi humilde artículo de periódico.

Se viene; por donde pasa predica el evangelio de la libertad; aquí suplica, allí enseña y por todas partes esparce la buena semilla. Disfrazado como Pelópidas se presenta en Santafé, pero desgraciadamente un individuo de nombre Manuel de Mendoza le reconoce, a pesar del embozo, le pone expías y le denuncia.

¡Oh poder de los hados! El plan del visionario quedó frustrado en un instante; la libertad no vendría ya a esta tierra desventurada; el león estaba de nuevo enjaulado...

Un nuevo y largo proceso se entabla; otra vez la cárcel, el hambre y el odio de sus enemigos, que eran los de la Patria, caían sobre el alma afligida del grande hombre.

Estuvo encerrado en la prisión hasta 1799. De aquí en adelante soportó Nariño grandes penas por la pobreza en que le habían sumido.

Corría el año de 1809. El 20 de noviembre le reducen a prisión sin que se le haya dado previo aviso ni explicado la causa de tan arbitrario proceder.

Al amanecer del día siguiente le conducen al cuartel de caballería para de allí remitirle a Cartagena en compañía del oidor don Baltasar de Miñano. En Facativá le informó a Nariño el conductor, que era el alférez Angel González, que sólo le habían entregado dinero para la manutención del oidor. El Precursor, para no perecer de hambre en tan largo viaje, envió, según lo refiere él mismo, un peón para que pidiera auxilios a su abatida esposa, la cual tuvo que vender «una partida de botas inglesas que tres días antes había recibido de Cartagena por comisión, dándolas a cuatro pesos, cuando el mismo día se habían comenzado a vender a diez.» De esta suma envió recursos a su marido la noble señora Ortega.

A pesar de la rigurosa vigilancia de los conductores, en compañía de su hijo y en una noche oscura y tempestuosa, se fugó Nariño, embarcándose en una piragua miserable. Llegaron a Santa Marta, donde, padre e hijo, fueron descubiertos y denunciados por un catalán. Respecto a esta prisión oigamos al mismo Nariño, quien la narra así en la reclamación que dirigió al Tribunal en 1811:

«Al llegar al calabozo vi en medio de él dos sillas, y su vista me anunció la crueldad que se iba a cometer: me mandaron sentar en la una, y a mi hijo en la otra; se presentó el carcelero, cargado con tres o cuatro pares de grillos, y nos acomodó los que mejor le parecieron: y en seguida comenzó el escribano a registrar a mi hijo para quitarle cuanto tenía encima. La indignación, la rabia y la ternura se sucedían rápidamente en mi corazón, y cuando pasó a ejecutar lo mismo conmigo no pude menos de meterle la mano y contenerlo, diciéndole que no agregara este nuevo insulto a mis desgracias; y alargándole el bolsillo que venía a buscar, un reloj y una carterita, que era todo lo que tenía sobre mí, se retiró contento con la presa.»

Pasado algún tiempo vino a Cartagena el noble y meritorio don Antonio Villavicencio, el cual, sabiendo las desgracias del grande hombre, hizo que le dieran algún alivio. La República ha olvidado a Villavicencio a quien se le debe una deuda de gratitud por sus servicios a los patriotas y por su martirio por la causa de la libertad! Ojalá que algún día se haga justicia a tan preclaro varón!

Poco después de la salida de Nariño de la cárcel de la inquisición de Cartagena, se verificó el movimiento inicial de emancipación del 20 de julio de 1810.

El 8 de diciembre de ese año volvió a su hogar el eterno cautivo, merced a una exigua suma que se le envió para el viaje. A otro, no a él, tocaron las pri-

micias de la libertad; él fue el padre de esa revolución inmortal; él había arrojado la semilla que ya germinaba; él había sembrado el árbol de la libertad que ya era frondoso y que cobijaba con su follaje a los granadinos, pero árbol cuyos frutos, por una ironía de la suerte, había de ser el último que los cosechara.

De esta época en adelante la vida de Nariño fue una lucha continuada por la libertad. No dio tregua a su cansado cuerpo ni reposo a su espíritu fatigado; sobre la tumba de este titán debería ponerse la inscripción que se puso en la tumba de un célebre hombre: «Aquí reposa aquel que nunca reposó.»

De 1811 a 1814 fue Nariño el árbitro de los destinos de la Nueva Granada. Luchó con denuedo por el centralismo que era la única salvación para la Patria; el triunfo coronó sus esfuerzos, y la popularidad, tan esquiva enantes, le fue propicia.

Su campaña de 1814 en el sur contra Sámano, que venía como un aluo, estuvo bizarramente dirigida y la prosperidad le acompañó en un principio, pero para él no podía haber gloria; los laureles se caían de su inclita frente como arrojados por siniestra y oculta fuerza de la fatalidad.

Al hablar de esta dolorosa etapa de la vida del grande hombre, dice un historiador, honra de Colombia:

«El héroe subía la ruta de la gloria, impávido y feliz, y ya cerca a la cúspide rodó de improviso hacia el abismo. Abismo donde lo esperaban mayores infortunios que los que sufriera en épocas anteriores. Parecía que un hado fatídico perseguía al ilustre bogotano, y que escrito estuviera habría de pasar su existencia con esposas y grillos.

«El mismo en su defensa ante el Senado en 1823 nos relata algunos de sus padecimientos en aquella época. Trece meses permaneció preso en Pasto entre

la vida y la muerte. Unas veces pedía el pueblo su cabeza, en otras venía alguna orden para fusilarlo. Por providenciales designios se salvó del patíbulo o de ser despedazado por el populacho.»

Si Caro no hubiera escrito sino su *Oda a la estatua del Libertador* y Fallon su canto a *La luna*, con esto tendrían para ser inmortales como poetas, porque una joya acredita al aurífice como un acto pone de relieve el carácter de un hombre. El sublime *triunfar* de Bolívar en Pativilca vale más que cien batallas y que mil proclamas de esas inflamadas y admirables con que el genio portentoso hablaba a los pueblos para llevarlos a la victoria.

Borrad, si queréis, de la historia del general Nariño su ciencia y su entereza, y su abnegación en los mayores sufrimientos; olvidad los grillos que ataron sus pies y el hambre que soportó en diez y siete años de persecuciones; suprimid, si se os antoja, la labor educadora del bogotano que estudiaba las ciencias y pensaba, como Epaminondas, en la libertad; no recordéis la laboriosidad infatigable de ese Franklin suramericano; aventad al olvido los *Derechos del Hombre*, y dejad nada más que la actitud del héroe en Pasto, cuando, con inaudita serenidad, ante un populacho que pedía a gritos su cabeza, se presenta y en momento solemne grita: «Aquí tenéis al general Nariño.»

Cayo Mario paraliza el puñal del asesino con los destellos de su mirada y le dice: «Tú sí te atreves a matar a Cayo Mario.» El Precursor desafía la ira de las turbas, mostrándose entonces más grande que el vencedor de los cimbros y teutones. No es el valor material el que hace inmortales a los hombres, es el valor moral ante la perfidia de los enemigos que con sus odios y ruindades no hacen más que poner piedras para el pedestal de los grandes. Nariño, al encrespase

ante el pueblo de Pasto, se forja la estatua más bien que en Calibío y Tacines.

De Pasto fue llevado el grande hombre a Guayaquil, luego al Callao, y de allí, por el Cabo de Hornos, a un puerto de España.

En la real cárcel de Cádiz se le encerró en un cuarto donde permanecía «desnudo y comiendo el rancho de la enfermería sin que se le permitiese saber de su familia.»

En 1820 obtuvo la libertad, gracias al generoso Jáuregui, a quien Nariño llama su «ángel libertador.»

Así como el árbol que en la llanura ostenta su fronda, convida al viandante a que se proteja bajo su sombra amiga del sol y del agua, y sin saberlo brinda al viento pasajero sus frutos, que éste en sus ligeras alas lleva a remotas regiones donde germinan, así el sembrador de ideas no sabe a dónde irán sus enseñanzas ni los resultados que darán. Bolívar, Miranda y Nariño libertaron del despotismo a toda la raza hispánica; la batalla de Boyacá mató el absolutismo que imperaba en la misma península; por eso Riego y Quiroga son campeones de Bolívar, como Sucre, Sanmartín e Hidalgo.

Nariño vino por Venezuela a Colombia; no encontró ya ni a Morillo ni a Sámano, sino halló en cambio a los hombres que habían escalado los Andes y asesinado el cesarismo; el Libertador llenaba el mundo.

El 31 de marzo de 1821 llegó nuestro héroe a Achaguas donde encontró a Bolívar y a Páez. El Libertador le nombró vicepresidente de Colombia por la muerte del doctor Roscio y le comisionó para que instalara el Congreso de Cúcuta. Según refieren los historiadores, Nariño que, por el agotamiento físico en que se hallaba, tenía un carácter muy susceptible, se puso pronto en desacuerdo con el Congreso por un incidente, en que quizá fue demasiado recio el vicepresidente (su

venerable memoria nos lo perdone) con D'Evereuse, y por no habersele aceptado su proyecto de Constitución. Entonces él, viendo que tenía muchos adversarios, hizo negación de la vicepresidencia y marchó a Bogotá donde le aguardaban nuevas y crueles penalidades, proporcionadas no por los españoles sino por sus compatriotas que siempre le habían visto en el camino de la gloria y del honor.

A su llegada, Santander le nombró comandante general del ejército; mas, poco después Nariño era contrario a su gobierno.

Era el año de 1823. El Congreso había nombrado a Nariño senador por Cundinamarca.

No había dolor que no hubiera experimentado el Precursor, ni cáliz que no hubiera apurado aquel grande espíritu, nacido para sufrir. Faltábale sólo que sus compatriotas desconocieran sus merecimientos y que le cerraran, por decirlo así, las puertas de la Patria.

Se pretendió que el general Nariño no podía ocupar su puesto en el Senado por estas razones:

- 1.<sup>a</sup> Por malversación en la tesorería de diezmos;
- 2.<sup>a</sup> Porque era traidor de la Patria, pues se había entregado voluntariamente a los españoles en Pasto, y
- 3.<sup>a</sup> Por no tener la residencia en Colombia que exigía la Constitución, pues había estado ausente por su gusto y no por causa de la República.

La defensa de Nariño ante el Senado es una de las piezas oratorias más notables que se conocen. Allí la riqueza de las imágenes campea unida con el vigor del razonamiento y la vehemencia de sus palabras. Para muestra copiamos un pasaje de tan admirable pieza:

«¡Qué satisfactorio es para mí, señores, verme hoy, como en otro tiempo Timoleón, acusado ante un senado que él había creado, acusado por dos jóvenes, acusado por malversación, después de los servicios que había prestado a la República, y el poderos decir sus mismas.

palabras al principiar el juicio: 'Oíd a mis acusadores —decía aquel grande hombre,—oídlos, señores, advertid que todo ciudadano tiene derecho de acusarme, y que en no permitirlo, daríais un golpe a esa misma libertad que me es tan glorioso haberos dado'».

El triunfo del Precursor fue completo y las puertas de la augusta corporación le fueron abiertas. Entonces obtuvo permiso para retirarse a tomar alivio, pero la muerte le esperaba, y tras ella un largo olvido; sólo ahora la silueta de este preclaro prócer se va levantando a una altura digna de su grandeza.

El eminente doctor Carrasquilla ha dicho: «después de Bolívar, Nariño,» y es verdad. Ni Sanmartín, el frío y valeroso libertador de la Argentina y Chile, puede arrebatarle el segundo puesto de honor; Nariño era más vehemente, más ilustrado y poseía en mayor grado la voluntad heroica; Sanmartín era un gran general pero no un caudillo.

El Precursor, como discípulo de los enciclopedistas franceses, tuvo en su juventud ideas racionalistas, según parece, pero no tardó en volver a la fe de sus padres. El dolor tiene esa propiedad, de encumbrar los espíritus a las mansiones de lo divino, y toda alma honrada, aunque esté en el error por algún tiempo, pronto busca a Dios como fuente única de sabiduría y felicidad.

Nariño conoció que se acercaba la hora de «meterse en la barca negra,» como decía Darío; vio a la muerte llegarse a él, la saludó con apacible calma; con dulce sonrisa de cristiano ferviente y con el mismo valor con que había expuesto su vida en los combates, se le entregó, así como quien está seguro que una nueva era de dichas le espera.

Con mayor razón que Marco Aurelio, el emperador filósofo, pudo decir a los que le rodeaban: «Id vosotros a la cuna del sol, yo me duermo.»

Así refiere el Reverendo Padre Fray Diego Silva los últimos instantes del héroe:

«Le asistí hasta que finara, que fue el sábado 13, a las cinco de la tarde. Me pidió le auxiliase con salmos, lo que ejecuté escogiendo los más a propósito para aquellos momentos terribles, y varios textos de la Escritura Sagrada, el último el símbolo, etc. Mostraba mucha devoción y varios me los repetía, de lo que me llenaba de mucha confianza. Murió en su silla, en sus sentidos y habla; mucha conformidad, resignación y obediencia, y sobre todo la humildad, pues se incomodaba cuando lo trataban con respeto. En fin, mi hermano, todas sus demostraciones hasta finar, no sólo fueron de cristiano sino de cristianísimo. Tuvo desde el principio un pleno conocimiento de su muerte! ¡Oh! qué consuelo para toda la familia y para todos nosotros!... Digo, pues, que *incomprehensibilia sunt judicia ejus* etc.... Y este hombre hará falta, el tiempo lo dirá. Encomiéndelo a Dios pues tenía buenas intenciones.»

Así mueren los héroes cristianos, así mueren los sabios y los grandes.

TOMÁS CADAVID RESTREPO

4

